

Llegada de los Hermanos del Sagrado Corazón a España

A la sombra de las logias masónicas se había decidido que las Congregaciones religiosas fueran puestas fuera de la ley en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad; tres palabras sublimes que resultaron tres mentiras. El 1 de julio de 1901 se había votado una Ley de Asociaciones que ponía bajo control estatal a las órdenes religiosas y disolvía algunas no autorizadas, reformaba la enseñanza secundaria reforzando su laicismo (31 de mayo de 1902) e iniciaba la republicanización del Ejército, incluso con depuraciones de oficiales desafectos.

Emile Combes, reforzado por el triunfo electoral en 1902 del bloque de izquierdas (socialistas, radicales y republicanos moderados), asume el gobierno de junio de 1902 a enero de 1905. Siguió una política extremadamente laicista, que supuso la disolución de las órdenes religiosas el 18 de marzo de 1903, la expulsión de Francia de unos 18.000 religiosos, la prohibición de todo tipo de enseñanza a los miembros de las congregaciones religiosas y la ruptura de relaciones diplomáticas con el Vaticano (30 de julio de 1904), a lo que siguió, ya en diciembre de 1905, la separación entre Iglesia y Estado.

A continuación, de octubre de 1906 a julio de 1909 asume el gobierno Georges Clemenceau, verdadera encarnación de la tradición radical francesa.

Se había anunciado hipócritamente que las Congregaciones religiosas en nombre de la libertad serían acogidas en suelo francés. Las Congregaciones solamente tenían, según el Gobierno, que pedir una autorización que sería examinada con espíritu liberal y se acordaría que bajo los pliegues de la bandera tricolor pudieran albergar todas las opiniones, incluso las religiosas.

Solamente ponían una sencilla condición que debía acompañar a la petición del permiso: una lista del personal y el estado de los inmuebles.

La mayor parte de las Congregaciones, aun desconfiando de la mano que les tendía el Gobierno, no dudaron en aportar la documentación pedida: se sospechaba lo que iba a llegar.

Las peticiones no fueron ni siquiera examinadas y envolviendo a la vez la igualdad, la fraternidad y la justicia expulsaron de su patria a miles de ciudadanos que no tenían otro delito más que haber entregado a su país su trabajo en las escuelas y su fe católica.

Previendo lo que iba a ocurrir, el hno. Superior general y el hno. Alberic emprendieron un viaje a España y visitaron a los obispos de San Sebastián, Bilbao y Santander. En España gobernaban entonces los liberales y bajo pretexto de una invasión de religiosos franceses dieron órdenes para oponerse al establecimiento de nuevas Congregaciones religiosas en la Península. Los visitantes se retiraron sin haber conseguido nada.

En una segunda tentativa el Hno. Superior general solo se llegó hasta Madrid; traía cartas de presentación de altas personalidades para las autoridades civiles y religiosas recomendando la entrada de nuestra Congregación pero tampoco tuvo ningún éxito.

¿Había que desanimarse? No, y el Hno. Alberic intentó de nuevo conseguir la entrada de la Congregación. Visitó a los obispos de Pamplona y Vitoria, diócesis con fama de auténtica fe católica, pero, aunque el de Pamplona les recibió con mucha amabilidad, les dijo que no podía conceder el permiso debido a las órdenes gubernamentales. Después de esta decepción se encaminó a Vitoria aunque se temía un resultado parecido. Fue todavía peor; el obispo, excelente prelado, no tenía en su mente ni en su corazón ni remotamente a los Hermanos. Tenía muchos prejuicios de Francia y de sus gentes; fue inútil insistir. Habría que dirigirse en otra dirección.

En abril de 1903 la mayoría de las casas de Francia habían recibido la orden de cierre de sus puertas en un breve espacio de tiempo. El Hno. Alberic se dirigió, a través de los pintorescos caminos de los Pirineos hacia Jaca. No disfrutó mucho de los paisajes porque no iba como turista sino como un perseguido que buscaba asilo para los Hermanos del Instituto.

El obispo de Jaca, monseñor Valdés, entendió desde la primera palabra la situación de la Congregación y no dudó en ofrecer el Seminario mayor cuando quedara libre por las vacaciones de los seminaristas, es decir el 1 de junio. El 3 de junio, al mediodía, abrió sus puertas para recibir al grupo que había salido de Chirac el 30 de abril. Transcurrido el verano, los seminaristas volvían el 1º de octubre y había que abandonar la primera residencia de los Hermanos en España.

La Providencia y la generosa acogida de monseñor Valdés nos había reservado un local bastante amplio en la misma ciudad de Jaca para acoger a los exiliados; un poco antiguo pero con algunas reparaciones podría alojar un buen número de hermanos a partir del mes de octubre. Las Hermanitas de los pobres, que se dedicaban a cuidar ancianos, se trasladaban a otra edificación nueva más apropiada a sus necesidades y nos dejaban libres sus locales. Esta nueva residencia disponía de una amplia y hermosa Capilla en cuya bóveda se podía leer: “Esta Capilla construida en 1787 fue la primera en España dedicada al Sagrado Corazón de Jesús”. Se puede considerar como una coincidencia providencial para los Hermanos del Sagrado Corazón.

A principios de 1903 los novicios de Chirac habían sido enviados a sus familias pero habían convenido que si a los padres y a los interesados no les asustaba la salida al extranjero podían volver a su sitio en el noviciado. Antes de partir hacia España se les planteó el panorama a los interesados y a sus familias; varios de los que convivían en Chirac, por ellos mismos o por indicación de sus familias, prefirieron quedarse en sus casas y fueron 26 valientes los que se ofrecieron generosamente a soportar los inconvenientes de ir al exilio, vivir bajo otros cielos, atravesar la frontera y instalarse en Jaca.

El 30 de abril de 1903 llegó la fecha en que los Hermanos del Sagrado Corazón debían abandonar obligatoriamente la Casa-Noviciado de Chirac expulsados por la ley Combes. A los Colegios se les permitió seguir abiertos hasta terminar el curso; incluso algunos Colegios siguieron dedicados a la enseñanza, amparados por alguna Fundación o algunas Asociaciones de padres que cumplían las exigencias laicales del Gobierno.

Conocemos los detalles de la entrada a España de los primeros Hermanos del Sagrado Corazón por lo que dejó escrito el Hno. Florentin que, con 26 años, era uno de los expedicionarios

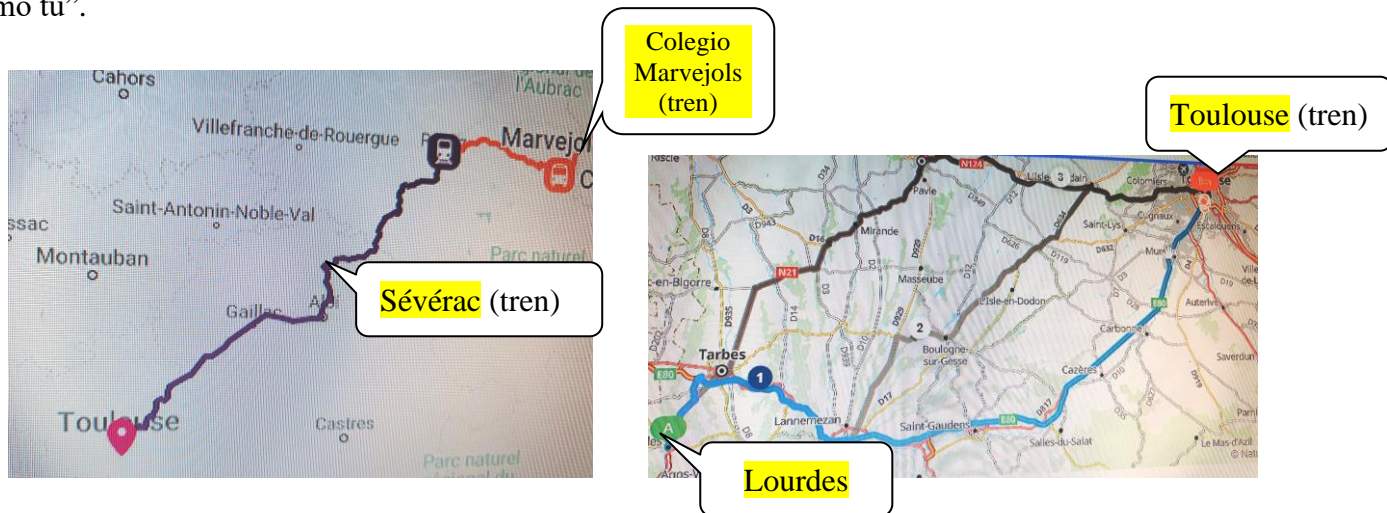


Esa tarde, los 26 supervivientes entre hermanos, profesores, novicios y postulantes, de diversas edades, varios tenían 14/15 años y algunos niños de 12/13 años, después de haber echado la última ojeada a la casa donde estaban viviendo, libre y tranquilamente, algunos su niñez y otros su adolescencia, con lágrimas en los ojos y sin entender muy bien el por qué, comienzan los pasos del exilio que, en varias etapas, terminaría en Jaca (España).

Sin testigos ni curiosos, casi considerados como unos delincuentes, ya que su salida debía ser en secreto, al atardecer tomaron el camino hacia Marvejols por senderos de monte, unos 23 kms.; allí fueron recibidos por los Hermanos del Colegio y pasaron la noche; permanecieron medio escondidos

casi todo el mes de mayo, hasta que los encargados prepararon el viaje y les llegó la orden definitiva de salir hacia España.

El 29 de mayo cada uno preparó lo que podía llevar consigo sin exceder los 30 kgs que permitía entonces el ferrocarril, sin olvidar una manta gris que suele venir bien en los viajes improvisados. El 30 de mayo cambiaron la sotana que habían llevado hasta entonces, incluidos los postulantes como era costumbre en aquella época, y a las 7 de la mañana, preparados para marchar, se presentaron en el patio con su traje civil ante el asombro de los alumnos que llegaban entonces; uno de ellos extrañado dijo a su compañero: “Yo creía que eran hermanos y no son más que niños como yo y como tú”.



Dejaron Marvejols con la misma discreción y secreto que habían dejado Chirac. Al frente de la expedición estaba el Hno. Urcize, 36 años, posteriormente elegido Superior General del Instituto (1925-1937). A las ocho de la mañana tomaron el tren que les dejaría en Toulouse cuando anochece. El tren hizo una parada de hora y media en Sévérac-«le-Château; fueron a saludarles los hermanos que enseñaban en esa localidad, incluso les llevaron un par de cabritos asados que con su delicioso aroma les abrió el apetito.

Después de unas cuatro horas en la estación de Toulouse, y ya de noche, el tren emprendió el camino hacia Lourdes donde llegaron a las cinco de la mañana el 31 de mayo, domingo, fiesta de Pentecostés. Allí ante la Madre buena de todos, estos valientes, varios de ellos casi niños aún, perseguidos por el mundo antes de conocerlo, ofrecieron a la Virgen su destierro y sus lágrimas.

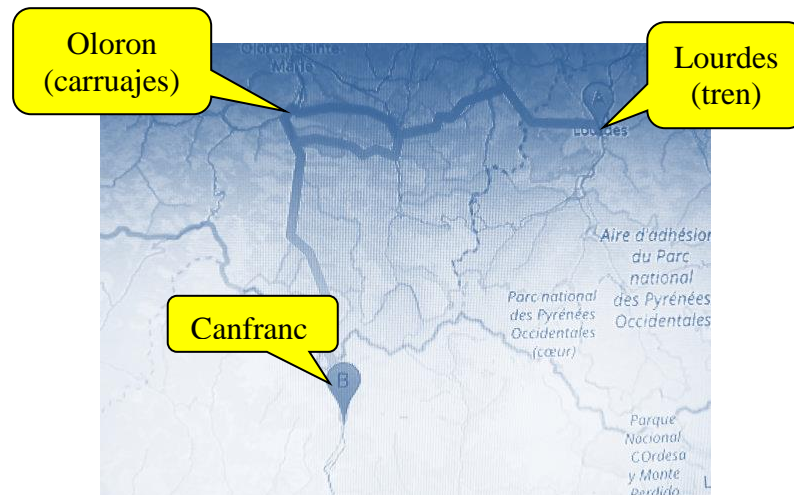
En Lourdes pasaron todo el día, 31 de mayo, y al caer la tarde se dirigieron en tren a Oloron donde había un Colegio internado de Hermanos. Les recibieron con simpatía y muchas atenciones. Se acomodaron en el internado Saint Joseph y pronto cayeron rendidos por el sueño.

Al día siguiente, 1 de junio, lunes de Pentecostés, se levantaron un poco tarde pero descansados; se dedicaron por la mañana a recorrer la casa y a jugar cada uno según sus gustos. Después de comer, el Hno. Marie Polycarpe les ofreció un impecable recital de piano; por la tarde visitaron dos hermosas iglesias de la localidad y otros tres colegios regentados por los Hermanos. No faltó una formidable tormenta que hizo inútiles los paraguas pues el agua caía como si fuera una cascada. El 2 de junio se levantaron al amanecer y se prepararon para la última etapa: la entrada en España.

A las cuatro de la mañana y en el lugar convenido para tomar los vehículos que les llevarían a Jaca (España), les esperaba una terrible decepción; quizás el sr. Obispo que les iba a recibir no pudo hacerlo mejor, o hubo algún mal entendido, pero en lugar de tres ómnibus para las personas y un camión para el equipaje se encontraron con dos viejos carruajes arrastrados por caballos. A las naturales protestas, pues naturalmente estos desplazamientos no eran gratis sino que los pagaban los Hermanos, se les dijo que esas eran las órdenes recibidas.

Se acomodaron como pudieron y de esta guisa un poco carnavalesca se dispusieron a cruzar los Pirineos. Las montañas estaban rodeadas de niebla y caía una fina lluvia que deprimía el espíritu y los ánimos de los adultos; así siguieron el camino de la expulsión y el destierro.

Las cosas se complicaron cuando llegaron las pendientes demasiado empinadas para los carruajes muy cargados y tirados por caballos; el carruaje mayor se paró y los caballos no quisieron seguir adelante; más bien empezaron a recular hacia atrás con peligro de terminar todos en el río que corría en lo profundo del valle. No hubo otra solución que bajarse y seguir a pie; aprendida la lección, en cada subida echaban pie a tierra. De ahí que para quitar peso a los carruajes montaron los utensilios de cocina en una carretilla.



Así anduvieron los 13 últimos kms., cuesta arriba, hasta la frontera en el paso de Somport dejando a los caballos que llevaran los carruajes con el equipaje solamente. Tanto los gendarmes franceses como los carabineros españoles se quedaron perplejos entre la curiosidad y la admiración ante semejante expedición. Cuentan, aunque no hay confirmación escrita sino solamente el boca a boca de los que vivieron aquella odisea, que los gendarmes se aprestaron a engrasar las ruedas de los carros y de la carretilla que con el uso y el polvo estaban totalmente desengrasadas.



Pintura encargada por el hno. José Antonio de Juana a doña Pilar Magallón de Segura, madre de los hermanos Segura, alumnos del Colegio, en 2003. Es una reproducción muy fidedigna de la carretilla con los utensilios de cocina de Chirac que transportaron, por las pendientes del Pirineo en junio de 1903, los Hermanos y novicios que expulsados de Francia, iban camino de Jaca. (Se encuentra en el pasillo de Dirección de Barcelona). La carretilla auténtica se encontraba haciendo su servicio en Alsasua hasta el año 1960.

En la frontera les esperaban tres ómnibus grandes; tuvieron que aguardar a que llegaran los equipajes que estaban siendo revisados en la Aduana francesa, y se acomodaron en los nuevos vehículos para hacer el último trayecto. Con nostalgia y alguna lágrima dieron el definitivo adiós a su patria que les despachaba y exilaba. El paisaje a este lado del Pirineo les pareció más triste y seco que el verdor que habían dejado en las pendientes francesas.

Llegaron a Canfranc; se vieron rodeados de una chiquillería ruidosa; al no conocer la lengua no sabían si eran saludos o insultos lo que la chavalería les estaba gritando. Se dirigieron enseguida a las oficinas de la Aduana española para cumplir los trámites; pasaron los equipajes y con rapidez volvieron a cargarlos en los ómnibus para llegar al lugar escogido de antemano, una especie de bosque, lejos de miradas curiosas, donde iban a pasar la primera noche en España. Era la noche del 2 al 3 de junio de 1903.

Al amanecer volvieron a tomar los coches y en tres horas llegaron a Jaca. El recibimiento no fue muy cordial; les rodeó la gente, que intencionadamente había sido avisada de antemano de la llegada de unos frailes expulsados de Francia, y fueron recibidos con gritos y silbidos. El griterío les acompañó hasta que traspasaron las puertas del gran Seminario donde les esperaba el sr. Obispo D. Francisco Javier Valdés y Noriega, O.S.A. (1899-1904, nombrado obispo de Salamanca en 1904). Fin del viaje: era el mediodía del 3 de junio de 1903.

Al entrar en el gran Seminario recibieron los saludos y la bienvenida del Superior y pronto vino también el Vicario general de la diócesis que traía los saludos personales de monseñor Valdés nuestro insigne bienhechor de primera hora. Después llegó el señor Lacasa antiguo alumno del internado Saint Joseph de Oloron; venía como amigo de nuestras obras, del Instituto, y en representación de los ciudadanos honestos de la ciudad, es decir de casi la unanimidad de sus conciudadanos; nos aseguraba que encontraríamos en España personas nobles capaces de comprender y honrar nuestro destierro, corazones generosos dispuestos a entregarse para suavizar nuestro infortunio.

Es de admirar, con más de cien años de separación, la valentía, la fe profunda, las convicciones religiosas y su amor a la vocación que tuvieron estos hermanos jóvenes, los formados novicios en plena adolescencia y algunos aspirantes que eran niños. Y también sus familias que les dejaron marchar al exilio antes de que abandonaran su vocación religiosa.

Se puede mencionar la edad a la que entraron en España algunos de los hermanos franceses que hemos conocido: el hno. Antoine llegó con 16 años, la misma edad tenían los hnos. Aquilino Allyrius, Gerardus; con 18 años vino el hno. Alejo; 20 años tenían los hnos. Privat y Ludovicus (el hermanico Luis); el hno. Urbano tenía 24 años; el hno. Emilio vino con 15 años; un año más joven, 14 años, el hno. Federico y el más niño de todos el hno. Odilon con 13 años. Al frente de la expedición estaba el Hno. Urcize con 36 años.

Algunos otros Hermanos, ya adultos, que estaban atendiendo los Colegios en Francia, al acabar el curso escolar fueron expulsados también y entraron en España por la frontera de Hendaya e Irún estableciéndose en San Sebastián (1904), Rentería (1903), Vitoria (1904), Zaragoza (1903), Tolosa (1904), Huesca (1903), Ibarra (1903), Tudela (1903).

En la zona de lo que se llama ahora País vasco fueron mucho mejor recibidos que en Canfranc y Jaca debido principalmente a que los niveles alto y medio de esta parte de la sociedad estaban influenciados por la cultura francesa y recibieron con buenos ojos a aquellos profesores nativos que empezaron a impartir la enseñanza y la educación en francés y en un español que iban aprendiendo con evidentes esfuerzos.



Desplazamientos de los primeros Hermanos del Sagrado Corazón en España en los años 1903-1904